

LA LIBERTAD DE MORIR: EL SÍMBOLO DEL SUICIDIO EN *LA CASA DE BERNARDA ALBA*

Ángeles Krause*

NOTA DEL EDITOR

Trabajo presentado en la cátedra de Literatura Española III a cargo de la Licenciada Daniela Cecilia Serber.

Resumen: Al abordar los estudios críticos acerca de *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca, se puede observar una predominación de la idea de que Bernarda es un personaje masculino. El siguiente trabajo trata de demostrar que el personaje de Adela también posee rasgos masculinos. Desde la Antigüedad, los ideales de la mujer han sido los de permanecer en el recinto del hogar, en silencio y carentes de vida pública. El hecho de que, en la obra, Adela se rebele a esta disposición que le impone la sociedad y su propia madre la hace poseedora de los rasgos que, según el pensamiento antiguo, son propios del hombre. Su rebelión frente al poder establecido se manifiesta de muchas maneras, pero, en última instancia, cuando ya no quedan más posibilidades, la última libertad está en morir. **Palabras clave:** Libertad, Suicidio, Autoridad, *La casa de Bernarda Alba*, Federico García Lorca, Masculino, Femenino.

Abstract: *When addressing the critical studies about La casa de Bernarda Alba by Federico García Lorca, there is a preeminent idea that Bernarda is a masculine character. The following study tries to demonstrate that the character of Adela also has some masculine features. Since classical antiquity, the ideals of women have been to remain at home, quietly and without joining any public activity. The fact that in the play Adela rebels to the disposition both her mother and the society impose on her, shows that Adela also portrays those characteristics that according to the thoughts of the classical period belong to men. Her rebellion against the established rules is expressed in many different ways, but, in the last instance, when there are no more possibilities, the last freedom remains in the sole expression of dying.*

* Alumna de segundo año de la Licenciatura en Letras de la Universidad del Salvador. Correo electrónico: krauseangeles@gmail.com.

Fecha de recepción: 03-11-2013. Fecha de aceptación: 09-12-2013.

Gramma, XXV, 53 (2014), pp. 265-270.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Keywords: *Freedom, Suicide, Authority, La casa de Bernarda Alba, Federico García Lorca, Masculine, Feminine.*

Mucho se ha hablado de la simbolización masculina del personaje de Bernarda en la obra *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca. Madre de cinco hijas y viuda, su figura se impone a lo largo de toda la obra como un poder omnipresente al que hay que obedecer. Ella asume el papel masculino, que, desde la Antigüedad, siempre ha sido la fuente del poder. Sin embargo, otro personaje dentro de la casa asume también algunos de estos roles masculinos: Adela.

Adela, junto con sus cuatro hermanas, sufre la opresión de su madre conservadora y atenta a las opiniones del pueblo. Ya desde un principio, sus nombres nos dan un indicio de sus rasgos característicos. Alba, que proviene del latín *albus*, significa ‘blanco’ y tiene una clara correspondencia con la casa en donde se desarrolla la obra. Las paredes blancas están relacionadas con la obsesión de mantener las apariencias. Los muros gruesos protegen la intimidad de la casa, y sus puertas en arco mantienen una relación con el símbolo del arco en Lorca, que significa muerte. La significación del nombre de Angustias es más clara, ya que tiene treinta y nueve años, es virgen y continúa bajo la tutela de su madre. Lo mismo con el de Martirio, quien es físicamente defectuosa, y, por último, Adela, de origen germánico, que significa ‘de naturaleza noble’ y corresponde con su juventud y con su espíritu libre y contestatario.

A partir de aquí, sus características van a empezar a hacerse notar. Bernarda, desde su primera entrada en escena, con un bastón, símbolo fálico, de poder y autoridad a la vez, impone orden y silencio y reprime la libertad y la sexualidad de sus hijas. En cambio, Adela revela su vitalidad en contraposición al claustro donde vive junto con sus hermanas. A pedido de su madre, le da un abanico con colores vivos que esta rechaza por estar de luto: «ADELA: Tome usted. (Le da un abanico redondo con flores rojas y verdes). / BERNARDA: (Arrojando el abanico al suelo) ¿Es este el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre» (García Lorca, 2012, [Acto I] p. 26). También es la única que se rebela a las disposiciones de su madre. En primera instancia, desobedece el luto de su padre, poniéndose un vestido verde y haciendo aparición pública frente a las gallinas:

MAGDALENA: ¡Ah! Se ha puesto el traje verde que se hizo para estrenar el día de su cumpleaños, se ha ido al corral, y ha comenzado a voces: “¡Gallinas, gallinas, miradme!” ¡Me he tenido que réfr!

AMELIA: ¡Si la hubiera visto madre!

MAGDALENA: Pobrecilla. Es la más joven de nosotras y tiene ilusión. ¡Daría algo por verla feliz! (2012, [Acto I] p. 32).

Esta ilusión de Adela de seguir sus instintos y apartarse de las reglas impuestas en la casa es muy clara. Su valentía resalta frente a la sumisión de sus hermanas:

ADELA: (Rompiendo a llorar con ira). No, no me acostumbraré. Yo no quiero estar encerrada. ¡No quiero que se me pongan las carnes como a vosotras! ¡No quiero perder mi blancura en estas habitaciones! ¡Mañana me pondré mi vestido verde y me pondré a pasear por la calle! ¡Yo quiero salir! (2012, [Acto I] p. 35).

Y el acto simbólico de romper el bastón de su madre ejemplifica claramente su rebeldía. «Adela: (Haciéndole frente). ¡Aquí se acabaron las voces de presidio! (Adela arrebató el bastón a su madre y lo parte en dos). Esto hago yo con la vara de la dominadora. No dé usted un paso más. ¡En mí no manda nadie más que Pepe! » (2012, [Acto III] p. 75).

Según las concepciones de la Grecia antigua, el rol ejemplar de la mujer es el de llevar una existencia silenciosa dentro de la casa. La vida pública está reservada para el hombre. Por lo tanto, la muerte del hombre persigue la gloria, el recuerdo de su valentía y de su vigor. La gloria de la mujer, por el contrario, consiste en carecer de ella. Ninguna mujer posee su propia muerte. Esta no es gloriosa y no es recordada más que por el esposo, al cual le ha dedicado una vida de afectos y entregas.

Sin embargo, hay un género literario que establece un equilibrio entre lo masculino y lo femenino. La tragedia, en obras de Sófocles, Eurípides y Esquilo, plantea una muerte violenta de las mujeres. Una muerte que les pertenece. Estas apelan al suicidio como única salida de sus continuas desdichas. No es azaroso, entonces, que Lorca haya elegido, para tratar la oposición entre la libertad y la autoridad, una tragedia realista.

Ya en estas tragedias antiguas, la muerte del hombre es la que invoca el suicidio de la mujer. Basta la noticia de la muerte heroica del esposo en el campo de batalla para que la esposa se suicide. Se establece una especie de ley de la feminidad. Ante la desgracia, la salida es la muerte. Distintos ejemplos hay en la tragedia clásica de suicidios. Uno de estos es el ahorcamiento, forma que se distingue por la infamia y el deshonor. Es una muerte abominable que nadie se inflige si no ha sido agraviado por la vergüenza. Pero lo más importante es que el ahorcamiento es una muerte de mujer. Nicole Loraux, en su libro *Maneras trágicas de matar a una mujer* (1989), afirma, a su vez, que el ahorcamiento es una expresión de la feminidad al infinito. Las mujeres sustituyen el instrumento principal del ahorcamiento, la soga, por elementos de su propia vestimenta, emblemas de su sexo. De esta manera, funcionan tanto como armas de seducción y como trampas de muerte. Por otro lado, esta forma de suicidio está asociada con el matrimonio y con «la excesiva valoración de la condición de desposada» (Loraux, 1989, p. 39). Adela, en este sentido, sin constatar la verdad de los hechos, cree en el primer mensaje sobre la muerte de Pepe el Romano y recurre a la muerte como única opción al verse despojada de su ser amado:

«BERNARDA: (Entrando). Atrévete a buscarlo ahora. MARTIRIO: (Entrando). Se acabó Pepe el Romano. ADELA: ¡Pepe! ¡Dios mío! ¡Pepe! (Sale corriendo)» (García Lorca, 2012, [Acto III] p. 75). Queda consignada, entonces, la libertad de las mujeres. Su única libertad está en la muerte.

Por otro lado, se puede establecer un paralelo entre la muerte de la ahorcada y el vuelo de un pájaro. El balanceo de la ahorcada es como un vuelo, ya que se arroja al vacío; pero queda pendida del techo. Es una huida salvadora, de la que estas mujeres tienen especial propensión. «Estas esposas (forzosamente sedentarias, según la ortodoxia de las representaciones cívicas), establecen un modo de relación de connaturalidad con los lugares aparte y se arrojan al aire y se suspenden entre el cielo y la tierra» (Laroux, 1989, p. 43). La muerte es una salida brusca, es movimiento. «Solo vuelan las heroínas con exceso de feminidad» (p. 43). El papel del hombre, en este caso, es el de quedarse en su sitio y mirar a la muerte cara a cara, a la manera en que Bernarda ordena al final de la obra: «BERNARDA: Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! (A otra HIJA). A callar se ha dicho. (A otra HIJA). Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto!» (García Lorca, 2012, [Acto III] p. 77).

Otro factor que influye en la muerte de las heroínas trágicas es el de la culpa. El ideal de la mujer es permanecer en el recinto cerrado, en el interior de la casa. Entrometerse en el mundo viril, tomar parte en la acción, tiene su precio. Y el silencio es el que precede a esta muerte, que siempre es narrada, nunca mostrada. Así, en silencio, se retiran las esposas a morir en un lugar aparte; el silencio es el signo de lo trágico. Adela se retira a su habitación para expiar la culpa de haber desobedecido a la moral de su familia y del pueblo. De esta manera, elige ella morir para no sufrir el mismo destino que la hija de la Librada.

Adela, entonces, es el personaje femenino por definición dentro de la casa de Bernarda. Ya no es virgen como sus hermanas, representa la sexualidad femenina que se vive en el exterior y expresa esta ley de feminidad al máximo, ya que adopta como forma de muerte el ahorcamiento. Pero, justamente por esto, también invierte los roles característicos de lo femenino y lo masculino, ya que se libera de la opresión de la casa, penetra en el universo masculino con el valor propio de un hombre, rompe con las prescripciones de la madre y elige la muerte como huida liberadora. Se sacrifica en nombre de las hermanas, para, así, revelarles una verdad: el derecho a la propia libertad y a ser feliz no puede ser prohibido por ningún código moral.

Sociológicamente, el suicidio ha sido abordado en el siglo XIX como un acto determinado por la sociedad:

De todos estos hechos se desprende que la tasa social de los suicidios solo puede explicarse sociológicamente. La constitución moral de la sociedad es lo que determina en todo momento el contingente de muertes voluntarias. Existe por tanto para cada pueblo una fuerza colectiva, de una energía determina-

da, que empuja a los hombres a matarse. Los movimientos que lleva a cabo el paciente y que, en principio, parece que solo expresen su temperamento personal, son en realidad la consecuencia y el resultado de un estado social que manifiestan externamente. [...]. Por lo que respecta a los acontecimientos privados que pasan generalmente por ser las causas directas del suicidio, no tienen otra influencia que la que les atribuyen las disposiciones morales de la víctima, que son un eco de la disposición moral de la sociedad (Durkheim, 2004, pp. 327-328).

El suicidio, entonces, es una opción frente a esta sociedad enferma. Siempre visto como un hecho inmoral, Adela replantea la responsabilidad de su muerte. ¿Se habría suicidado ella si no hubiera sido por el código moral dominante en el pueblo y en su casa, si no hubiera sido porque la hija de la Librada fue linchada por el pueblo entero por ser una madre soltera?

Símbolo de la libertad en una época turbulenta como lo fue la España de 1936, en el comienzo de una guerra civil que desencadenaría una dictadura de casi 40 años, Adela representa el ideal de García Lorca. La libertad puede ser sometida, pero siempre perdura la opción personal. En última instancia, la de morir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Durkheim, E. (2004). *El suicidio*. Buenos Aires: Losada.
García Lorca, F. (2012). *La casa de Bernarda Alba*. Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.
Loraux, N. (1989). *Maneras trágicas de matar a una mujer*. Madrid: Visor.